

1

Nota introductoria

Las personas muy curiosas se encuentran a menudo a sus anchas cuando se topan casualmente con algo que no conocen en absoluto o de lo que sólo han oído hablar. Hay quien parte gustosamente para lugares remotos ricos de historia, de grandes monumentos misteriosos y de cultura sedimentada en el curso de los siglos. Hay, en cambio, a quien le domina un sentimiento de angustia y casi de culpa cuando se encuentra en medio de una realidad cuyo pasado no conoce adecuadamente, por ejemplo, cuando en Egipto confunde las distintas dinastías de faraones, o bien en China no sabe distinguir un jarrón de época Ming de un jarrón del mismo color de época Qing. Por no hablar de la India, con sus extrañas religiones entrecruzadas, los grandes templos repletos de estatuas que representan mil distintas divinidades desconocidas. Estos viajeros necesitados de coordenadas seguras se sienten perdidos, como si les faltase la respiración, y, a fin de cuentas, querrían volver a casa quizás para profundizar en los detalles de la vida y obras de nuestros grandes artistas, de los que conocen ya lo esencial. Del mismo modo, las personas muy curiosas sienten henchir su pecho y observan todo con placer cuando entran en una librería donde hay expuestos miles de libros, de la mayor parte de los cuales no han oído hablar jamás. Otras personas, en cambio, en esta misma librería se ven asaltadas

por una sensación de asfixia provocada por la excesiva cantidad de obras que nunca leerán, entre las cuales no sabrían siquiera orientarse y elegir. Éstos buscan deprisa y corriendo el libro que necesitan y se dirigen cuanto antes a la caja para pagarlo y salir finalmente al aire libre. Así, los curiosos comienzan gustosamente a leer una novela sobre la que tienen poco o nada de información. Desde las primeras páginas disfrutan al encontrar nuevos personajes, entre los que es imposible no sentir, al comienzo, mucha confusión. Pienso, por ejemplo, en *Guerra y paz*. Cuando con doce años la leí por primera vez, en las primeras cien páginas lo pasé mal con todos esos nombres y patronímicos complicadísimos. Fue un verdadero calvario, que se vio recompensado sin embargo por el inmenso placer que esa novela provocó en mí cuando finalmente comencé a familiarizarme con los muchos personajes. Como se habrá ya entendido, pertenezco a la categoría de personas que prefieren releer las grandes obras maestras a abordar novedades intimidantes. Entiendo, por tanto, perfectamente la angustia de quien siente casi el deber, aparte del deseo, de comenzar la lectura de *En busca del tiempo perdido*, porque ha comprendido que se trata de un libro importante, fundamental, pero pospone siempre el impacto inicial, como esos niños que quisieran aprender a nadar, pero que no encuentran el valor de ir sin salvavidas allí donde el agua es profunda. Así pues, tal como yo mismo he sentido muchas veces esta incomodidad que me ha bloqueado y hecho renunciar a la lectura de libros preciosos, quisiera aquí ofrecer un «salvavidas» a quienes temen

zambullirse en el gran océano de Proust. Un salvavidas, una guía o, como diríamos en la actualidad, un navegador, que les ayude a encontrar los caminos que hay que recorrer. Dicho esto, empecemos.